

4 ENERO


---

EL SUCESO DE  
LUIGI COMOLLO

*¡Bosco! ¡Bosco! ¡Bosco! ¡Me ha salvado!*

“



ada la amistad e íntima confianza que mediaba entre mí y Comollo, solíamos hablar de lo que nos podía suceder en cualquier momento, esto es, de nuestra separación cuando llegara la muerte.

Un día, recordando lo que habíamos leído en algunas biografías de santos, decíamos, medio en broma medio en serio, que nos podría ser de gran consuelo, si el primero de los dos que fuera llamado a la eternidad, hiciera saber al otro en dónde se hallaba.

Renovando a menudo esta conversación, nos prometimos reciprocamente rezar el uno por el otro y que el primero que muriera daría noticias de su salvación al compañero sobreviviente.

No me daba yo cuenta de la importancia de una promesa tal, confieso que hubo en ello mucha ligereza, y jamás aconsejaría que otros lo hicieran: con todo, entre nosotros aquella sagrada promesa se tuvo siempre como algo serio que había que cumplir.

A lo largo de la enfermedad de Comollo, se renovó varias veces el pacto, poniendo siempre la condición de, si Dios lo permitiese y fuera de su agrado. Las últimas palabras de Comollo y su última mirada me aseguraban que se cumpliría el pacto.

Algunos compañeros estaban en el secreto y deseaban verdaderamente que se verificara. Yo estaba con ansias, porque esperaba con ello un gran alivio en mi desconsuelo.

Era la noche del tres al cuatro de abril, la noche siguiente al día de su entierro, y yo descansaba, juntamente con otros veinte alumnos del curso teológico en el dormitorio que da al patio por el lado de mediodía. Estaba en la cama, pero no dormía; pensaba precisamente en la promesa que nos habíamos hecho; y como si adivinara lo que iba a ocurrir, era presa de un miedo terrible.

Cuando he aquí que, al filo de la medianoche, oyóse un sordo rumor en el fondo del corredor; rumor que se hacía más sensible, más sombrío, más agudo a medida que avanzaba. Semejaba el ruido de un gran carro con muchos caballos, o de un tren en marcha, o como del disparo de cañones.

No sé expresarlo, sino diciendo que formaba un conjunto de ruidos tan violentos y daba un miedo tan grande que cortaba el habla a quien lo percibía. Al acercarse a la puerta del dormitorio, dejaba tras sí en sonora vibración las paredes, las bóvedas y el pavimento del corredor, hasta el punto de que parecía estar hecho todo con planchas de hierro, sacudidas por portentísimos brazos.

No podía apreciarse a qué distancia avanzaba aquello: se producía una incertidumbre como la que deja una locomotora, cuyo punto de recorrido no se puede conocer, si se juzga solamente por el humo que se eleva por los aires.

Los seminaristas de aquel dormitorio se despiertan, mas ninguno puede articular palabra. Yo estaba petrificado por el miedo. El ruido iba acercándose, cada vez más espantoso. Ya se le siente junto al dormitorio. Se abre la puerta, ella sola, con violencia.

Sigue más fuerte el fragor sin que nada se vea, salvo una lucecita de varios colores que parece el regulador del sonido. De repente se hace silencio. Brilla la luz vivamente, y se oye con toda claridad la voz de Comollo, más débil que cuando vivía, que, por tres veces consecutivas, dice:

- ¡Bosco! ¡Bosco! ¡Bosco! ¡Me ha salvado!

En aquel momento el dormitorio se iluminó más, se oyó de nuevo con mucha más violencia el rumor que había cesado, como un trueno que hundiera la casa, pero cesó enseguida y todo quedó a oscuras.

Los compañeros, saltando de la cama, huyeron sin saber adónde: algunos se refugiaron en un rincón del dormitorio; otros se apretaron alrededor del prefecto del dormitorio, don José Fiorito, de Rivoli; y así pasaron el resto de la noche, esperando ansiosamente la luz del día. Todos habían oído el rumor.

Algunos percibieron la voz, sin entender lo que decía. Se preguntaban unos a otros qué significaban aquel rumor y aquella voz, y yo, sentado en mi cama les decía que se tranquilizaran, asegurándoles que había oído claramente las palabras:

- Me he salvado.
- También algunos las habían oído, como yo, resonar sobre mi cabeza de modo que por mucho tiempo, se repitieron por el seminario.

Yo sufrí mucho: fue tal el terror que sentí, que hubiese preferido morir en aquellos momentos. Es la primera vez que recuerdo haber tenido miedo. Por todo ello contraí una enfermedad, que me llevó al borde del sepulcro: quedó tan mal parada mi salud, que no la recuperé hasta muchos años después.

Dios es omnipotente, Dios es misericordioso. Generalmente no atiende estos pactos: pero a veces en su infinita misericordia permite que se cumplan, como en el caso expuesto. No seré yo quien dé nunca a otros consejo semejante.

Cuando se trata de poner en relación las cosas naturales con las sobrenaturales, la pobre humanidad sufre grandemente, en especial cuando son cosas no necesarias para nuestra eterna salvación. Ya estamos bastante ciertos de la existencia del alma, sin tener que buscar otras pruebas.

Bástenos lo que nuestro señor Jesucristo nos ha revelado.



El 2 de abril de 1939 murió Luigi Comollo, uno de los mejores amigos de la adolescencia de Don Bosco. Fue para él ejemplo de vida y tuvo una gran influencia en su espiritualidad y en su forma de concebir la santidad.

No tardó en publicar, cinco años más tarde, la que será la primera biografía de Don Bosco, dedicada a su amigo del alma, muy admirado en el seminario con olor a santidad. No tuvieron una relación muy larga, (desde noviembre de 1834 a abril de 1839), pero fue sin duda el mejor amigo de su juventud.

Se conocieron en la escuela de Chieri, cuando Luigi inició los estudios de Retórica. Un buen día, ante el maltrato de un compañero, Luigi con actitud humilde perdonó a ese compañero. Juanito quedó admirado, y deseó conocer a aquel del que "aprendió a vivir como cristiano". Era dos años menor que Juan.

Comollo nació en Cinzano el 7 de abril de 1817. Desde que llegó Chieri en 1834 destacó por su piedad y santidad. Su tumba se encuentra en la Iglesia de San Felipe de Chieri.

Entre los episodios más conocidos de ambos encontramos aquella ocasión en la que ante la defensa de Juan de otros compañeros Comollo sentenció: "Amigo mío me espanta tu fuerza". Ante tanta benevolencia, Juan no hizo otra cosa que ponerse completamente en sus manos, y dejarse guiar por él.

Es a Comollo, como hemos visto en la etapa de elección vocacional con los franciscanos, a quien Juan confía su vocación, y será la carta a su tío el último impulso que llevará a Juan a entrar definitivamente al seminario.

Luigi va a ocupar en esta etapa un lugar preminente en su vida y va a tener una gran influencia en su espiritualidad. Dice el propio Don Bosco: "No pocas veces, Comollo interrumpía mi recreo: cogiéndome por la sotana e indicándome que le acompañase, me conducía a la capilla para hacer una visita al Santísimo Sacramento y rogar por los agonizantes, rezar el rosario o el oficio de la Virgen".

El 25 de marzo de 1839 Comollo habló de la certeza de su inminente muerte, una muerte que acaerá unos días más tarde y que dejará a Juan gravemente enfermo. Él mismo dice: "caí gravemente enfermo hasta situarme a las puertas de la muerte".

Por todos es conocido el suceso ocurrido días después de la muerte. Tal como habían acordado ambos, el que muriera antes debía avisar al otro. Y así ocurrió. Como un sonido de carreta, narra don Bosco, una voz interrumpió aquella oscura noche en tres ocasiones diciendo: "Bosco, me he salvado".